

LA DIMENSIÓN SOCIAL DEL TIEMPO

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Julio Iglesias de Ussel *

1. DEL TIEMPO Y SU ORDENACIÓN

Muchas veces se ha repetido aquella advertencia que nos previene que: «Cuando alguien me habla del tiempo, estoy seguro que quiere decir otra cosa». Se atribuye a Oscar Wilde y censura el uso del tiempo meteorológico y del cronológico como circunloquio de lo que se silencia o posterga. La advertencia no es aplicable desde luego a esta intervención. Pretendo examinar algunos aspectos sociales del tiempo, entendido como duración. Debo renunciar a examinar muchas otras dimensiones del tiempo, muy sustanciales, con relevante tradición intelectual —me refiero sobre todo a la filosófica—, que exigiría una disponibilidad de tiempo y un enfoque muy diferente a la perspectiva sociológica, a la que pretendo ceñirme. Me limitaré a la dimensión social del tiempo. Aunque se trata de una magnitud abstracta, su vivencia forma parte de la configuración de la cotidianidad desde el inicio de la historia; no hay un tiempo absoluto, sino multitud de tiempos individuales en donde todos estamos inmersos y desde donde vivimos la travesía de nuestra existencia, al deslizarnos en lo que los especialistas pueden llamar el tiempo abstracto. El tiempo individual se desenvuelve dentro del tiempo histórico, propio de los grupos o sociedades, inserto a su vez dentro del tiempo cósmico, regulado por fenómenos astronómicos

Tal vez la omnipresencia del tiempo es lo primero que puede suscitar la atención. Si un habitante de nuestro pasado regresara hoy a nuestro mundo,

* Resumen del discurso de ingreso leído en la sesión pública del día 14 de febrero de 2006.

muchas cosas materiales e inmateriales reclamarían su asombro. Pero, entre ellas, mostraría su sorpresa un artefacto instalado en la muñeca de todos los ciudadanos. Con rapidez descubriría que su pequeño tamaño no guardaba relación con la magnitud de sus efectos. La vida de cada ser humano y de la sociedad en su conjunto la encontraría rígidamente gobernada por aquel aparato que encadenaba a todos los seres humanos entre sí. Una situación bien diferente a lo que sucedía en el pasado.

2. EL TIEMPO EN EL PASADO

En la sociedad campesina el hombre ha desenvuelto su vida, durante milenios, rígidamente ajustado al ritmo que le impone la naturaleza. El día o la noche —la salida o puesta del sol—, las lunas o las estaciones, han marcado el ritmo de la vida, han regulado la actividad y determinado el uso del tiempo, dentro del cual se ha desenvuelto la cotidianidad de forma rígidamente pautaada. Además el tiempo era, en ella, cíclico y repetitivo, al no estar sujeto más que a secuencias naturales. El ritmo lento de las transformaciones ocasiona que no cambie con el tiempo. Cada generación repite, sin varianzas sustanciales, la misma experiencia del tiempo. El lento cambio social favorece la continuidad, obstaculizando innovaciones y quiebras. El tiempo vivido constituye la principal fuente de sabiduría, lo que alimenta el prestigio y respetabilidad social de los mayores.

Es el espacio —la tierra— y no el tiempo el símbolo máximo de dominio en la Edad Media. La economía del tiempo era entonces desconocida, y no se le valoraba como un bien escaso. El horizonte temporal se situaba en la propia comunidad, más que en la duración de la vida del propio individuo. De ahí que el hombre no fijara sus acontecimientos o proyectos en su horizonte temporal personal. No existían las bases sociales de tan decisiva innovación y por ello podían emprenderse obras que —por su ambición— iban a durar decenios o incluso siglos.

El ritmo lento y pausado del tiempo —que todavía suscita en muchas ocasiones la atención al extranjero en España— fue percibido en el pasado incluso como un rasgo peculiar o más acusado en la sociedad española. Un informe veneciano de 1577 lo describió con elocuente ironía al observar que «las lentitudes de los ministros españoles causarían un día la ruina del mundo», añadiendo que don Pedro de Toledo (virrey de Nápoles bajo Carlos V) tenía costumbre de decir que: «habría deseado que la muerte viniese de España, porque habría estado seguro de vivir largo tiempo» (Anónimo, 1952, pág. 1251). Una actitud consistente y duradera como lo prueba que, refiriéndose a la práctica de la cesantía de funcio-

narios colocados por el Gobierno que deja el poder, tres siglos después escribió Marx que: «es quizá la única cosa que se hace deprisa en España. Todos los partidos se muestran igualmente ágiles en esta cuestión» (cit. en Sacristán, 1983, pág. 112).

Pero el tiempo, como hecho cronológico medible carece de relevancia en la sociedad preindustrial. No se mide por máquinas sino por los acontecimientos. El nacimiento, el matrimonio, las fiestas, la muerte, la siembra o la cosecha, o las catástrofes naturales, servirán como punto de referencia para ubicar en el pasado los hechos. La misma unidad del tiempo de trabajo, la jornada —de sol a sol— nos remite también al tiempo natural y cíclico de los días y las noches.

El ritmo pausado del transcurrir existencial en el mundo rural del pasado, la escasa densidad de acontecimientos novedosos en que se desenvuelve el transcurrir existencial de sus habitantes, alimentan en muchas ocasiones las nostalgias de los habitantes de las ciudades desde hace un siglo. Poetas y novelistas han dejado múltiples testimonios de esa densa y monótona cotidianidad de la vida rural, de la que tantos testimonios se encuentran.

Hasta el siglo xiv sólo la Iglesia se preocupaba por la medición y datación de los hechos. Las cartas o escritos raramente se fechaban y cuando se hacía con frecuencia se empleaba el año del reinado del monarca. Estaba muy generalizado el desconocimiento del año de la era cristiana en que se vivía y nada imponía la precisión en fechas y datación (Whitrow, 1990, cap. 5.º). Ni la Iglesia ni el Estado —que tardaría siglos en implantar el Registro Civil— habían introducido todavía los mecanismos burocráticos para generalizar sus usos.

Durante largo tiempo, pues, la sociedad occidental vivió de espaldas al tiempo. De hecho hasta el Renacimiento no comienza a percibirse el reflejo de la nueva conciencia que se alumbra. Incluso en el arte, hasta el Renacimiento no comienza a entrar el tiempo como un ingrediente de la obra de arte.

Cabría preguntarse de entre los muchos acontecimientos de la segunda mitad del siglo xviii, cuál influyó más en el curso de la historia. La edición de las obras de Rousseau, Voltaire, Kant o la Enciclopedia; el nacimiento de Beethoven o las primeras composiciones de Mozart; el reinado de Carlos III en España; la aparición del *Times* en Londres; la publicación de *La riqueza de las naciones* de Adam Smith; la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789, entre otros muchos pudieran sin duda evocarse.

Pero fijémonos en el cúmulo de cambios que van a generar una nueva concepción del tiempo y la difusión del instrumento para medirlo: el reloj. Unas innovaciones que iban a gobernar, todos los días de su vida, la suerte de los habitantes del planeta.

3. LA CONCIENCIA MODERNA DEL TIEMPO

La moderna conciencia del tiempo va a articularse en el siglo XVIII, como resultado de innovaciones técnicas, secularización religiosa, concentración urbana y el desarrollo del capitalismo. Todo ello otorga al tiempo una relevancia desconocida hasta entonces, convirtiéndolo en un valor económico. Este proceso traerá consigo la uniformidad y armonización de los tiempos sociales. Con esta cohesión desaparecerán la multiplicidad de tiempos colectivos, propios de la Edad Media, de cada grupo separado. En sí mismo el recorrido lleva implícito el distanciamiento con la eternidad. Serán criterios terrenales los que actúen como medida de la duración. Una tendencia que se acelerará con la difusión del reloj. El reloj es, en efecto, una prueba indirecta de la creencia del hombre en su mortalidad. Porque sólo un tiempo finito puede medirse. Se trata de una innovación histórica que introduce al ser humano en una nueva cotidianidad. Los impulsos directos de este proceso merecen citarse.

1. Protestantismo y tiempo

Un primer impulso en la nueva concepción del tiempo vino dado por la ética protestante.

Pues bien, lo propio de la Reforma estuvo en convertir a cada cristiano en monje por toda su vida, dirá Weber. La ética puritana exige la racionalización y el control metódico de la vida; por tanto, el primero y el principal de todos los pecados es la dilapidación del tiempo: la duración de la vida es demasiado breve y preciosa para «afianzar» nuestro destino. Perder el tiempo en la vida social, es absolutamente condenable desde el punto de vista moral.

Sería completamente erróneo interpretar la Reforma como una escapatoria de los controles espirituales. El protestantismo, por el contrario, incrementó el grado de control de la conducta respecto al de la Iglesia católica, colocando los asuntos mundanos de la vida cotidiana dentro de un influjo religioso. Lo que caracteriza el espíritu capitalista según Weber no es la búsqueda de ganancias, sino la

racionalización de la economía sobre la base del más estricto cálculo. La estructuración racional de la existencia —tanto en su dimensión religiosa como en la mundana— implica primariamente un uso consciente y planificado del tiempo. Sólo con su utilización rigurosa podrá el creyente cumplir sus deberes religiosos y llevar una ascética vida de trabajo —considerado un deber—, en cuyo éxito radicará la predestinación a la salvación. El trabajo y no el ocio ha de ser el centro de la existencia (Alonso Olea, 1996).

No es este lugar para terciar en la dilatada polémica desencadenada por la obra de Weber. Este se propuso mostrar la afinidad entre el calvinismo y la ética económica de la actividad capitalista moderna. Y la mentalidad calculadora constituye sin duda una pieza esencial de la economía capitalista. Pero se trata de un cálculo que afecta a la administración del tiempo, tanto o más que al dinero. La virtud del ahorro se proyectará sobre ambos, pues se trata de realidades intercambiables: también el tiempo es dinero. El derroche de tiempo era para los puritanos el más grave de todos los pecados. La pérdida de tiempo en fiestas, lujos o inactividad —salvo las inevitables horas para descansar—, era absolutamente reprochable. La vida ha de organizarse en función del trabajo y esa actitud produjo notables efectos en el ahorro, inversión y la generación de riqueza, a la vez que es el medio ascético para dar respuesta a la llamada de Dios.

El derroche de cualquiera de los dos, tiempo o dinero, constituirá la manifestación más notoria de despilfarro y mala administración.

Subyacen a ambas realidades, el dinero y el tiempo, semejanzas de fondo. Simmel, en su obra sociológica más importante, *La Filosofía del Dinero*, mostró cómo el dinero no es sólo un medio de intercambio fundamental en la economía capitalista. Es, ante todo, una forma de interacción social relacionada con otras formas mentales, sociales y culturales de la sociedad moderna. La rápida difusión del dinero a fines de la Edad Media significó un impulso decisivo a la racionalización del mundo, al promover la medición.

2. La Revolución Industrial

La Revolución Industrial va a impulsar el cambio definitivo en la mentalidad y uso del tiempo en la sociedad moderna. La vida cotidiana del conjunto de la sociedad se vio paulatinamente afectada.

El impacto de la Revolución Industrial en la medición del tiempo fue tan acusado que en una obra, merecidamente clásica, Munford escribió que el reloj ha

sido la máquina principal de la técnica moderna, sirviendo de modelo para otras muchas. Es más —y contra lo que es habitual repetir— ni siquiera es la máquina de vapor el símbolo adecuado del industrialismo: «El reloj, no la máquina de vapor, es la máquina clave de la moderna edad industrial», añadiendo a continuación que: «el moderno sistema industrial podría prescindir del carbón, del hierro y del vapor más fácilmente que del reloj».

El industrialismo, en efecto, iba a situar como centro de la existencia cotidiana el tiempo. El trabajo, y por él todas las actividades vitales, comienzan a ser controladas y medidas en función de su duración; algo totalmente innecesario en la economía preindustrial. Desde entonces, comenzará a desaparecer la integración del individuo en las secuencias temporales reguladas por la naturaleza. El tiempo industrial se convierte en guía y ordenación de todas las temporalidades. Incluso el movimiento obrero tendrá como primer motor para su articulación, la reivindicación fundada en la duración de la jornada de trabajo. La industria requiere superar la medición eclesíástica del tiempo, para incluir la productividad y la rentabilidad económica del emergente capitalismo industrial.

Con la industrialización el tiempo va a convertirse en el elemento central de la producción: el cronómetro entra en el taller. La parcelación de tareas y el cronometraje de los tiempos de realización, juegan un papel esencial y creciente en la producción.

Sin comparación con la anterior experiencia del trabajo, la medición de los tiempos y movimientos, el control de la productividad, el ahorro del tiempo, la reglamentación de la organización interna, transformará por completo el concepto y la vivencia del tiempo y el trabajo. Trabajo cronometrado, comidas cronometradas, descanso cronometrado. Todo ello controlado desde el exterior por las sirenas de las fábricas, símbolos seculares de la era de la producción, que con gran rapidez sustituyen al dominio eclesial del tiempo a través del campanario. El despertador —en inglés: reloj de alarma, que evoca las sirenas de las fábricas— constituirá la cotidiana advertencia individual de que el trabajo requiere nuestra presencia.

Cumplido su ciclo histórico, quizá la nueva sociedad postindustrial proporcione algún día la recuperación de la libertad de acción para gran número de trabajadores. La difusión de los empleos a tiempo parcial, el nuevo trabajo domicilio, el horario flexible o el adelantamiento de las jubilaciones, además de la reducción de la jornada, pueden proporcionar una limitada recuperación de la autonomía temporal, cuya supresión fue una condición del éxito de la sociedad industrial.

3. El auge del cálculo y medición

El cambio de la actitud ante el tiempo vino impulsado, en tercer lugar, por el auge del cálculo, la medición exacta de magnitudes y el manejo correcto de cifras. Se trata de un movimiento desarrollado durante la Edad Media, pero que alcanzará su cénit también en el siglo XVIII, y que buscaba unidades abstractas y conmensurables relacionadas con un patrón absoluto. Consiste en definitiva en la difusión de la mentalidad calculadora, pieza esencial del sistema capitalista, con proyección también en el tiempo. La dimensión temporal es imprescindible para la determinación del capital contable, para el cálculo y la planificación del proceso productivo

El desarrollo de esta actitud de conocimiento de las cosas en sus medidas y su expresión en cifras, tuvo un importante impulso con el desarrollo del comercio medieval. La difusión de la contabilidad y cálculo comercial, vino acompañada con la propagación de la aritmética, divulgadas además gracias a la imprenta. La actitud metódica ante la vida, que veíamos en el puritanismo, tomó su primer impulso en el control de la actividad comercial. La productividad y el beneficio requieren una cuidadosa contabilidad.

El desarrollo del Estado moderno, impulsaba en la misma dirección. Arboleya ya señaló cómo la aparición del ejército moderno requiere el racionalismo económico y el de las actividades del Estado. La tendencia al cálculo, la previsión y planificación, a la vez que exigencia del nuevo ejército, impone la regulación de la actividad económica del Estado. El coste material de la nueva actividad militar requiere la reordenación de la actividad administrativa. Las necesidades fiscales del nuevo Estado hacen necesaria su creciente actividad estadística. Contar a la población y el dinero será instrumento básico para su actuación.

El progreso en la precisión imperó en el mundo del pensamiento desde el siglo XVII. También en la ciencia la precisión era una exigencia para su desarrollo, que impulsa la concepción laica del tiempo. El método científico, la actividad experimental y la observación, exigían la medición como base del enorme impulso de la física y astronomía.

El reloj constituyó un instrumento decisivo en la difusión de habilidades mecánicas, básicas para los nuevos desarrollos de la ciencia y la tecnología. La producción de relojes, en auge desde el siglo XVII, sirvió también como instrumento para especializar la mano de obra en tareas de precisión, en el perfeccionamiento de las habilidades manuales adecuadas para los trabajos técnicos.

La paulatina mundialización de la economía y del comercio aportaron nuevos impulsos a la sincronización temporal. De hecho la homologación horaria procede del transporte marítimo en primer lugar. Pero ese mismo impulso va a dejarse sentir, dentro de cada Estado, ya en el siglo XIX, por la necesidad de coordinar los ferrocarriles interurbanos, antes empleados tan sólo en la minería. La expansión del transporte imponía la medición del tiempo, a la vez que extendía la conciencia en su medición mecánica. En la misma línea actúa la paulatina implantación de sistemas de iluminación pública: erosiona la vinculación entre el tiempo y la naturaleza y hace inservible su tradicional control según la secuencia entre el día y la noche.

Si el individuo, por la facilidad de movimiento anudaba sus lazos con el nuevo tiempo, el entrenamiento se va a iniciar a corta edad. En efecto, también desde el siglo XVIII se produce la paulatina expansión de la escolarización. La escuela significaba —como hoy— la transmisión, aprendizaje y entrenamiento para las nuevas secuencias temporales. El tiempo en la escuela es tan omnipresente como avasallador. Significa el acceso del niño a la órbita del control que regulará el resto de su vida. El reloj presidirá su vida dentro de la institución, y condicionará su vida exterior. La puntualidad, exponente primario de su adecuación y conformidad con la institución escolar. La abundante literatura sobre «libros de urbanidad» transmitirá esa idea de la trascendencia de la puntualidad, dentro y fuera de la escuela, como mecanismo de adaptación del joven a una nueva sociedad dominada por el tiempo. Se trata en definitiva de un entrenamiento paralelo al de los adultos en las fábricas. La imposición del tiempo mecánico como segunda naturaleza, trasladando a los niños los modelos del tiempo diario, semanal y anual que los adaptaba al universo de los adultos. La primera alfabetización sería —y sigue siendo— el aprendizaje de los ritmos temporales, de su supervisión y de las sanciones por su inobservancia; un entrenamiento análogo al necesario para incorporarse después al taller o la oficina. La adaptación escolar es, primariamente, adaptación temporal.

Obviamente el reloj se encuentra en la base de la nueva concepción del tiempo, impulsando y posibilitando el impacto de los aspectos anteriormente examinados. A la nueva época se accede en gran parte por la influencia del reloj. Como el propio Mumford advierte, se trataba del primer instrumento real de precisión y estableció el modelo de exactitud de la era mecánica. Buena parte de las innovaciones mecánicas y técnicas, se basan en la aplicación de procedimientos puestos en práctica, previamente, en la fabricación de relojes: «En sí mismo, el reloj es una proeza tecnológica, pero también es la base de sustentación de cuatro aspectos capitales de la vida moderna. Primeramente, ha posibilitado la medición

precisa del tiempo, que acaso sea la operación más fundamental en la física moderna. En segundo lugar, su fabricación ha contribuido a adiestrar a los artesanos necesarios para ulteriores tareas científicas, puras y aplicadas. En tercer lugar, ha proporcionado un modelo mecánico de la marcha del universo. En cuarto término, ha permitido la organización detallada del tiempo que requiere un sistema industrial. De este modo, ha cambiado las actitudes mentales del hombre y sus categorías del tiempo.

Lo relevante en el siglo XVIII estriba en la mejora de la precisión técnica del artefacto y, más aún, la creciente difusión de relojes, al atenuarse su carácter ornamental y de lujo y hacerse más accesible su adquisición al conjunto de la población. La organización de las sociedades modernas sólo podría desenvolverse con el reloj portátil producido en serie. Con él la coordinación de actividades colectivas ya resulta operativa. El reloj se convierte así en testigo mudo, pero individual, del valor del tiempo.

Sin el reloj no hubiera sido posible la ruptura del individualismo precapitalista y dar paso a la nueva sociedad de masas. Pues «adaptarse al reloj no es una expresión del individualismo sino del colectivismo». La armonización de la nueva sociedad tenía que contar, como piedra angular, con el reloj. Su prestigio alcanza a convertirse en arquetipo, metáfora y símbolo de precisión y exactitud. Por lo menos desde Newton, el universo se contempla como un engranaje que funciona con la precisión de un mecanismo de relojería. Una nueva prueba de esa proyección del reloj a toda la sociedad. Pero los relojes debieron suscitar desde muy pronto la admiración de las gentes; su uso como metáfora de la precisión y sincronización aparece muy tempranamente. Ya Cervantes en el capítulo 33 de *El Quijote*, para aludir a la excelente compenetración entre dos amigos, escribe que: «andaban tan a una sus voluntades, que no había concertado reloj que así lo anduviese» (Cervantes, ed. de 2004, pág. 327).

El reloj convertido en instrumento imprescindible de nuestro vínculo social. Lo material y lo inmaterial, los conceptos y los propios relojes, impulsaron una nueva conciencia del tiempo que revestirá exitosa forma literaria en 1873 con *La vuelta al mundo en 80 días* de Julio Verne: el artificio del tiempo al alcance de los niños que, como otras muchas obras suyas, difunden los valores de la nueva época: el racionalismo, la exaltación de la ciencia o la difusión de la investigación. Un clima intelectual controlado y regulado por el artefacto que adquiere plena difusión: el reloj.

4. EL TIEMPO DEL TIEMPO

El análisis y la preocupación social por el tiempo han adquirido gran difusión en las dos últimas décadas, pero reflejando los cambios intelectuales y materiales acaecidos en el siglo xx. No se trata ni de una moda ni de una evasión. Desde múltiples linderos, aparecen muy variadas reflexiones que se ven obligadas a considerar la variable temporal en la sociedad moderna. Desde la ciencia o la mitología, la dimensión temporal de la existencia ha sido seguida con interés siempre por sectores más o menos numerosos. Lo singular hoy radica en que, desde todas las especialidades y sectores de pensamiento aflora la consideración de la variable temporal. La centralidad intelectual del tiempo prueba la magnitud de cambios sociales en los que está asentada nuestra cotidianidad. Su diversidad y su notoriedad, acrecientan la sensación de estar en presencia de un novedoso desafío colectivo.

Son muy numerosas las interpretaciones o planteamientos sociales —dejando al margen, desde luego, los enfoques filosóficos— que han llevado al primer plano la dimensión temporal. Importan precisamente porque son impulsos heterogéneos, pero al tratarse de aportaciones coincidentes, han incrementado la percepción social de la relevancia de la dimensión temporal en la sociedad actual. Algunos de estos planteamientos deben considerarse.

1. Einstein o la relatividad del tiempo

A principios del siglo xx las aportaciones científicas de Einstein tuvieron efectos revolucionarios. Transformó la cosmología newtoniana, los conceptos de tiempo absoluto de Galileo, las leyes de movimiento de Newton y sentó las bases de la investigación atómica. Su teoría de la relatividad permitió la renovación de la física y la consideración del tiempo y el espacio como conceptos relativos.

2. Piaget y el tiempo en la infancia

El concepto piagetano de desarrollo cognitivo pide, como no puede ser de otro modo, la noción de tiempo. Esta tarea la acomete Piaget en su obra *Le Développement de la Notion de Temps Chez l'Enfant* (Presses Universitaires de France, Paris, 1946). Existe traducción al español, que deja que desear, en Fondo de Cultura Económica (México, 1978). Una obra, por cierto, en cuyo prologo, el propio Piaget reconoce su deuda con Einstein y expresa que nació de una de sus sugerencias que realizó cuando presidió unos cursos de filosofía y psicología en Davos.

3. El reloj biológico

Nuestro propio cuerpo ha sido el destinatario de investigaciones y descubrimientos en relación con las estructuras temporales. Se trata de una proyección muy importante porque extiende la cuestión temporal al interior de nuestro propio organismo. El tiempo dejaría de ser una mera convención externa al individuo y queda transformado en un regulador interno, objetivo, al propio individuo y, por ello mismo, con una proyección universal.

También en el ser humano existen reguladores temporales en su propio organismo, pero las aportaciones científicas cristalizaron en 1976 cuando los investigadores, Pittendrigh y Daan, descubrieron un sistema de bioquímico capaz de generar un orden temporal interno en las actividades del organismo humano.

4. Políticas del tiempo y ahorro económico

Otro factor que ha dotado de notoriedad colectiva a las cuestiones temporales procede del establecimiento de modificaciones en la hora oficial como instrumento de ahorro energético.

5. La política de reducción del tiempo de trabajo

La duración del tiempo de trabajo ha tenido una importancia capital en el bienestar individual y en la historia de la humanidad. La propia génesis del movimiento sindical a finales del siglo XIX estuvo vinculada al recorte de la duración de la jornada de trabajo.

En la última década del siglo XX, la demanda de jornadas semanales de 35 horas ha alimentado el debate sobre todo en Francia pero en la mayoría de países de Europa.

6. La necesidad de medidas temporales muy breves

Lo peculiar de nuestra sociedad es que el tiempo se focaliza cada vez más en sus magnitudes más reducidas. La referencia horaria se hace cada vez en unidades más breves; las menciones a diferencias de tiempo muy cortas son cada vez más usuales. Durante buena parte del siglo XX, al menos en los medios rurales, bastaba incluso la determinación temporal en función de la jornada; era suficiente ubicar los acontecimientos en función del medio día: antes o después dotaba de

adecuada concreción a actividades o encuentros. Paulatinamente el círculo se fue reduciendo.

El cambio es importante. Hasta mediados del siglo xvii se usaron relojes que tenían exclusivamente la manecilla de la hora (les faltaba por tanto la que determina los minutos). Era suficiente determinar la hora —sin minutos— para alcanzar las precisiones —o imprecisiones— temporales requeridas por una vida cotidiana fundada en la flexibilidad. Las interacciones no necesitaban mayor precisión.

Pero esto es ya irremisible pasado; las referencias temporales concretas aparecen por doquier hoy. Se trata de un proceso de difusión cultural muy rápido y exitoso. Desde luego, la escolarización universal —el aprendizaje de la definición de la velocidad de la luz, por ejemplo— y la difusión científica, habituaron al uso de los segundos. Pero sin duda hubiera sido imposible lograrlo por vías escolares, sin la apoyatura de su uso en acontecimientos con gran impacto popular. Han sido decisivos cierto número de deportes en los que el control muy preciso del tiempo es el factor esencial para la determinación del triunfo. El éxito pasa por el dictamen de cualquier cronómetro riguroso cuya marca, además, aprovecha la multitudinaria concentración humana para la masiva publicidad de sus productos, ampliando así el efecto de difusión cultural del utensilio. El atletismo, el ciclismo, el automovilismo, el fútbol o el baloncesto —donde se exhibe a los espectadores la duración, en segundos, del tiempo añadido de prolongación por las pérdidas de tiempo en el juego—, han habituado a la sociedad a marcos de referencia con controles temporales de muy corta duración. La audiencia de estos deportes, sobre todo con la proyección que adquieren en espectáculos de alcance universal, como los Juegos Olímpicos —centrados en la masiva producción de récord, con diferencias tantas veces inferiores al segundo—, han socializado con rapidez a los ciudadanos en la existencia —e incluso en el uso— de una unidad de medida de la brevedad del segundo.

Esta realidad se traduce e impulsa con las innovaciones tecnológicas que se encuentran en los relojes destinados a la generalidad de los consumidores. Hoy día gran parte de los relojes son cronómetros, o cuentan con acceso a dicha función. Su generalizado empleo revela muy bien la sensibilización colectiva a cortas unidades temporales. Evidencia que estamos instalados en un mundo determinado por momentos mucho más efímeros que en el pasado; si se quiere que el ritmo de nuestra sociedad es mucho más vertiginoso que el de nuestros predecesores. Nuestra historia —y ¡ay!, nuestra vida— se encuentra siempre anclada en la corta duración, por mucho que se haya prolongado la esperanza de vida. Se trata de una de las tantas contradicciones de la sociedad moderna: aumenta la duración de las vidas pero para someterlas a imperativos y controles cada vez más minuciosos y de corta duración. Lo que se dilata en su duración, se le suprime en el plazo inmediato.

Pues bien, la capilarización social de esa conciencia temporal se produce por múltiples instrumentos en los que hasta los espectáculos deportivos —con todo su enorme eco mediático— vehiculan las nuevas temporalidades al introducir el instante del éxito y del fracaso, y su control temporal, en la cotidianidad de los espectadores. Al deporte por el segundo cabría decir y, con no menor exactitud, al segundo por el deporte.

Pero las tendencias sociales están cambiando con rapidez. Lo peculiar es que las sociedades actuales comienzan a familiarizarse con diferencias temporales todavía más breves. Generalizado el empleo del minuto y del segundo, están haciendo su aparición medidas más breves en los usos ciudadanos. Hace un par de generaciones el empleo de segundos resultaba tan desconocido, inusual y exótico, como ocurriría si hoy —fuera de los medios científicos y técnicos— con el empleo, por ejemplo, de los nanosegundos; unidad temporal de desconocida existencia para la mayoría de la población incluso en nuestros días. El prefijo *nano* se utiliza en el Sistema Internacional de Unidades para expresar el múltiplo del diez elevado a menos nueve de potencia de una unidad. (Real Academia Ciencias Exactas y Naturales, 1996). Una expresión aparecida hace dos décadas y cada vez más empleada, por la difusión de la nanotecnología, la tecnología de dimensiones ínfimas. Se trata de las tecnologías que operan a nivel nanoscópico, con componentes no mayores de una milmillonésima del metro o nanómetro; equivale a un tamaño 80.000 veces inferior al diámetro de un cabello humano. Es una tecnología que ha revolucionado no sólo la ciencia, sino incluso la vida cotidiana por sus aplicaciones en asistencia sanitaria, la informática, los procesos de fabricación o la elaboración de nuevos materiales y, por ello mismo, la denominación se ha popularizado con rapidez y se generalizará en un tiempo corto.

7. La sociedad del instante en la sociedad de la información

La instantaneidad de la vida social ha sido incrementada por la sociedad de la información. Castells ha examinado las múltiples dimensiones de esta transformación que ha configurado una nueva morfología social basada no en la existencia de tecnologías de la información, sino en su expansión en toda la estructura social.

* * *

Estos factores culturales y políticos, fácilmente ampliables, han dotado al tiempo de una notoriedad inimaginable para los habitantes de hace medio siglo.

Los controles temporales se han incorporado a la cotidianidad de la sociedad actual. Se trata de un agente siempre presente en la vida y proyectos, a todas las edades. Una dinámica activada, además, por el intenso proceso de urbanización producido en España durante el siglo xx. A mayor tamaño, a mayor densidad de interacciones, como es propio de las grandes ciudades y organizaciones, se incrementa la necesidad de coordinación temporal de actividades y personas (Zerubavel, 1982). La ciudad es, antes que cualquier otra cosa, una compleja regulación temporal de las actividades y personas que en ella conviven. Por eso los factores culturales y políticos examinados asientan sus efectos en un contexto que por sí mismo está activando las exigencias de control temporal: la concentración urbana. De ahí que, con precisión, pueda catalogarse el siglo xx como el siglo del tiempo. Nunca en el pasado, en tan corto período, habían confluído tantos cambios para instalar al tiempo en el centro de la vida cotidiana. Hoy es ya el gran regulador del horizonte vital de todos los ciudadanos.